

PALABRAS DE MANUEL BUENDIA EN EL DESAYUNO DEL
DIA JUEVES 17 DE JULIO DE 1980:

A pesar de que me desborda la generosidad de ustedes y de que en 35 años vividos para el periodismo ésta es una de las horas más felices, cometería hurto moral si no informara inmediatamente acerca de las circunstancias y condiciones bajo las cuales llegué a esta reunión.

Cuando diversos grupos de amigos comenzaron a expresarme su preocupación por los significados que pudiera tener el afectuoso mensaje de aquel cacique --parte importante del sistema-- contra algunos periodistas, se unificaron las voluntades para llegar a la realización de un acto en que se rebasando la anécdota personal pudiera reflexionar ampliamente, / de los favorecidos por el aborrecimiento del susodicho, y diéramos mayor atención a las presiones y los amagos que de modo más frecuente se ciernen sobre reporteros, comentaristas, fotógrafos y camarógrafos de provincia.

Allá, en los pueblos del interior, es donde el periodismo requiere auténtica valentía personal, porque las banquetas son demasiado estrechas para que no se topen de frente --por ejemplo-- el periodista y el comandante de policía de quien

aquél hizo crítica en la edición de esa misma mañana. Aquí, la incomodidad más seria que sufrimos es la de no encontrar mesa en nuestro restaurante favorito de la Zona Rosa.

Allá, en los Estados, donde los estrechísimos círculos del poder local acogotan la economía de los editores combativos y pretenden lastrar el desempeño de los escritores comprometidos, el ejercicio del periodismo reclama una entereza excepcional. Aquí, donde las dicotomías del sistema se dan tan próximas a nosotros, de algún modo podemos arreglárnoslas para que los rayos no caigan precisamente sobre nuestro propio paraguas. Allá, donde las pequeñas comunidades de colegas pueden ser sometidas con relativa facilidad por el puño del cacique regional, el grito de un reportero que ha recibido una paliza apenas se escucha afuera de sus propios dientes ... si es que le quedan.

Aquí, en la monstruosa caja de resonancia de la metrópoli, se da --como fruto de la pertinaz acción de las individualidades o de los clubes, del Sindicato y de otras agrupaciones como la de los Periodistas Democráticos-- se da, repito, el hecho espléndido de una comunidad periodística cada vez más amplia, más integrada, más solidaria. Y dentro de este ámbito, ya no hay reportero, comentarista, fotógrafo o camarógrafo que se sienta solo, si en legítimo ejercicio de su

profesión sufre agresiones físicas o morales, amenazas y cualquier otra suerte de manifiesta o larvada represión.

(Por cierto, ninguna de esas destacadas individualidades del periodismo, ninguna de esas respetables organizaciones habrá de alzar la voz nunca en defensa de quienes, desde las páginas de los periódicos, mienten a sabiendas, calumnian o extorsionan. Tampoco se ha pensado en crear para el periodista una especie de fuero, un régimen legal o extralegal de excepción. Esto no sólo sería profundamente antirrepublicano sino abiertamente una actitud fascista).

El objetivo principal del desayuno no era, pues, el de construir un escudo de afecto para Manuel Buendía. Al fin y al cabo, desde el primer momento, me di por muerto. Agradezco y disfruto --¡cómo no iba a hacerlo!-- las expresiones de condolencia y de humor negro de mis amigos. Pero cumplamos hoy un propósito más alto: expresemos nuestro repudio a cualquier forma de agresión y de represión caciquil contra periodistas en todo el país; entreguemos nuestra activa solidaridad a los compañeros que, habiéndose limitado a ejercer verticalmente su derecho a la información y su libertad de expresión, obtienen como respuesta la violencia oral o de hecho.

Quizá algunos de ustedes se inquieten preguntándose qué tan activa, qué tan eficaz, cuán oportuna puede ser esta

solidaridad, si la denuncia que formule un periodista provinciano tarda en llegar a la metrópoli; si aquí también se retrasa nuestra reacción, y si, finalmente, el contagio hacia otros grupos en el interior del país puede ser cosa de tantos días, que el periodista demandante de apoyo muera antes en un hospital o en una mazmorra o padezca daños irreparables, a pesar de la muy noble pero tardía acción de sus colegas.

En 1978, cuando la Unión de Periodistas Democráticos me honró con el acceso a su tribuna en ocasión del Premio Nacional de Periodismo, propuse la creación de una especie de tribunal de pares que pudiese actuar pronta y eficazmente, en la investigación y prosecución de las denuncias que sobre atentados contra la libertad de prensa y la seguridad de los periodistas le fuesen presentadas.

(Nada original, desde luego. En el fondo, no se trataría más que de trasladar a nuestras dimensiones la magnífica experiencia de otros organismos erigidos en defensa de las libertades del hombre. Su eficacia ha sido notable en la medida de la dotación de fuerza moral y capacidad de denuncia).

Ruego a ustedes que se retome esta idea. No sería un organismo que sustituyera o demeritara en lo mínimo la acción de las agrupaciones ya existentes. Al contrario: una entidad que las represente a todas y a todos los estamentos o modalidades de la profesión. Dotado de la fuerza moral que le daría

esta auténtica representación, pero a la vez ágil en su actuación, el tribunal podría poner en marcha, en pocas horas, los recursos de la apelación, la interpelación o, la protesta, que/^{inmovilizaran} precautoriamente una acción represiva contra periódicos y periodistas, a reserva de nutrirse en seguida oportunamente de información propia, amplia, bastante para emitir/un juicio que tendría muchas más consecuencias sociales de las que por ahora podrían imaginar algunos caciques y represores.

Por supuesto, ese organismo podría permitir a los ^{también} periodistas mexicanos solidarizarse/con sus colegas de otros países hermanos, donde el asesinato de reporteros y comentaristas es actualmente una espantosa realidad casi cotidiana.

Sin embargo este desayuno no era solo para hablar de periodistas. ~~Personas~~ Personas que nada tienen que ver con el periodismo --como no sea la lectura de algunos diarios y revistas-- participaron con denuedo en la organización de este acto. Y nos dijimos cuál era la intención: ellos son ciudadanos que se pusieron en guardia cuando vieron bajo amenaza una de las libertades. Recordaron instantáneamente el tan repetido axioma de esta estructura social que nos hemos dado: no se puede atacar una de las libertades sin poner en riesgo a todas las demás.

Y estos sentimientos nos unieron en una sola convicción:

era necesario reiterar hoy nuestra solidaridad y nuestro compromiso con todos aquellos mexicanos que, también víctimas del caciquismo, han sufrido, sufren ahora mismo, agresiones mucho más graves de las que nos quejamos algunos periodistas. Y no han tenido voz para querellarse, porque se las extinguieron para siempre. Me refiero a los campesinos asesinados en Chiapas, en Guerrero, en Hidalgo, en tantas partes. Me refiero también a los obreros reprimidos, por guardias blancas o caciques burocráticos.

(En nuestro catálogo de caciques están, por supuesto, los que despiden hedor de tumbas y cavernas; pero también los de traje, corbata y aura de lociones importadas. Pero éstos no son menos caciques que aquéllos. Así, en cuanto a represión a obreros y servilismo ante los intereses patronales, ¿recuerdan ustedes el ardor con que uno de esos caciques perfumados --habilitado de comunicador social-- ayudó a la General Motors contra los obreros en huelga? Recuerden entonces también cómo la represión se extendió al grupo de periodistas que habían tratado de dar voz a aquellos trabajadores mexicanos, en un canal de televisión que es del Estado mexicano).

Repasemos lo ocurrido en los últimos 23 días:

Comenzamos por mostrarnos solidarios con los colonos de las tierras altas de Acapulco. Estas numerosas coincidencias en las páginas de los periódicos, constituyen un aconte-

cimiento que no muchas veces se había visto en nuestro periodismo.

Esa causa está siendo servida. Otras nos demandan el mismo interés. Los ciudadanos responden; la opinión pública se moviliza. Hasta la violencia oral o de hecho de los caciques ayuda como respuesta; es la oposición necesaria para avanzar en la construcción de una sociedad menos injusta. Pero nunca más un luchador social debe sentirse solo. Hoy estamos renovando aquí no una esperanza sino una certidumbre: si persistimos en el esfuerzo; si no damos paso jamás al desánimo o al temor; y si la palabra "claudicación" no figura en nuestro código de conducta, los frutos de este ^{continuo} ~~cotidiano~~ batallar han de ser buenos y, lo que más importa, servirán a nuestro pueblo. No es otro nuestro destino.

Muchas gracias.